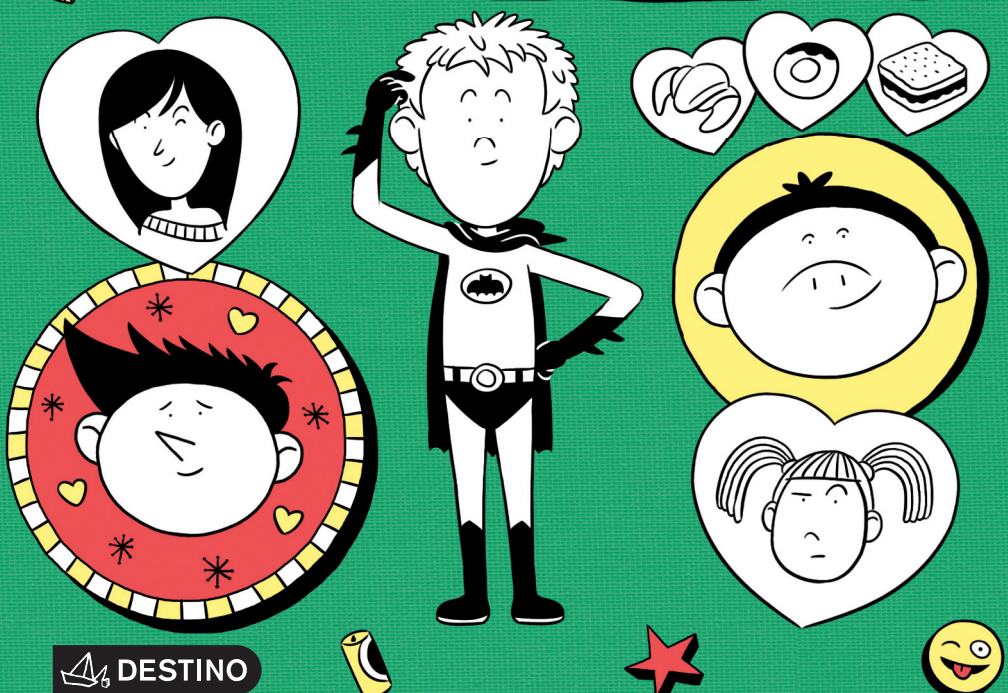
Gemma Lienas

EL CLUB DE LOS MALDITOS 3

MALDITAS CHICAS



DESTINO

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2014
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Gemma Lienas, 2014
gemmalienas@gemmalienas.com
www.gemmalienas.com
© de las ilustraciones: Àlex Omist, 2014
(Ilustraciones cedidas por Grup Editorial 62, s.l.u.)
Diseño de cubierta y maquetación: Tamara Sánchez
© Grup Editorial 62, s.l.u, Estrella Polar, 2014
© Editorial Planeta S. A., 2014
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: mayo de 2014
ISBN: 978-84-08-12790-1
Depósito legal: B. 6.691-2014
Impreso por Huertas Industrias Gráficas, S. A.
Impreso en España – Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

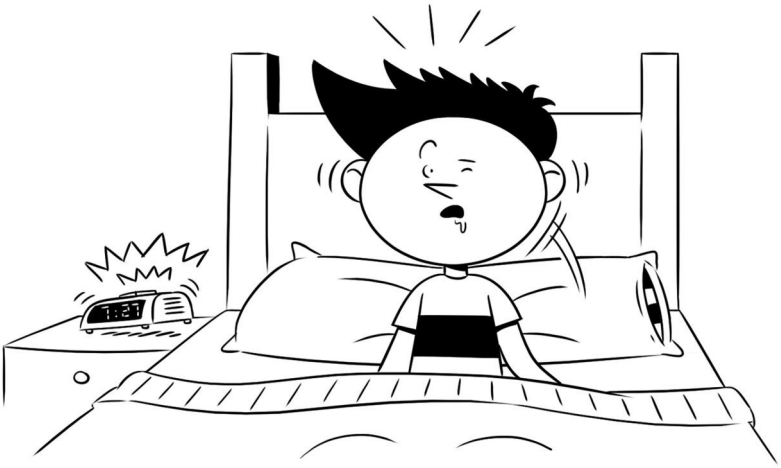
1. ¡Misión imposible! 9
2. Marcpower: misión secreta 25
3. Misión: encuentro casual 33
4. Misión: *Catwoman12* 49
5. Misión cumplida... ¡por desgracia! 63
6. Misión a la desesperada 77
7. Misión: renacer 99
8. Marcpower: ¡misión rescate! 117
9. Misión: una visita al árbol 125
10. Misión final: la gran fiesta 141
11. Marcpower: misión el héroe salvador 155
12. Ahora sí... misión final: ¡la gran fiesta! 165

1
¡MISIÓN IMPOSIBLE!

Me acabo de cargar al último zombi y la chica me mira con cara de ahora-te-daré-un-beso-de-tornillo. Y justo en ese momento, un ruido interrumpe a la chica en pleno movimiento. Me pregunto si lo está haciendo algún zombi... ¡Y no! Busco de dónde puede venir ese ruido insistente que no para. De repente, me despierto por culpa de una luz cegadora que me deslumbra y, sobre todo, por culpa de una voz femenina que grita a todo volumen:

—¡Microbioooo! ¡Te has dormido y tus amigos ya están aquí!

Tardo unos segundos en entender lo que está pasando. Abro los ojos, conecto las neuronas y mi cerebro empieza a procesar toda la información a una velocidad de vértigo: la voz femenina es la de Carlota, mi hermana. Mis amigos son Lucas y Borja, y me esperan porque hoy es lunes y tenemos clase. Y el



maldito ruido que no paraba de sonar dentro del sueño era el despertador. ¡Ha fallado y me he dormido! O quizá no, quizá he fallado yo programando la alarma para demasiado tarde. Conclusión: ¡llego tarde!

Me levanto de un bote, y cinco minutos después, ya estoy saliendo por la puerta.

—Te has vuelto a dormir —dice Borja, y señalándome las zapatillas, añade—: Te vas a caer.

Me agacho para atarme los cordones mientras tartamudeo una disculpa por mi enésimo retraso.

—Y péinate: tienes una pinta... —dice Lucas como si fuera mi madre.

—Pues tú estás lleno de manchas —le respondo malhumorado y sin ni siquiera mirarlo.

—¿Sí? —me pregunta sorprendido mientras se busca la mancha en la camiseta—. Anda, tienes razón... No sé ni cómo me la he hecho.

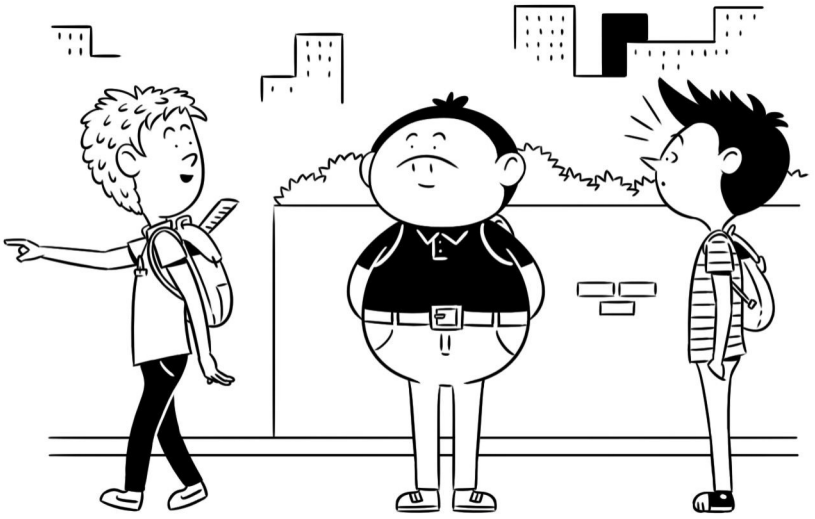
Sin perder más tiempo, nos ponemos en marcha en dirección al instituto. Lo hacemos en silencio, porque a las siete y treinta y nueve de la mañana no tenemos muchas ganas de charlar. Cuando ya estamos a punto de llegar, Borja nos llama la atención.

—¡Ey, mirad! Nora y su amiga.

—¿Dónde están? —pregunto nervioso, mientras aliso con las manos la camiseta para que no se note que está arrugada.

—Allí —dice Lucas señalando a las chicas que están al lado de una farola, entre unos coches—. ¿Qué deben de estar haciendo?

—Acerquémonos y se lo preguntamos —dice



Borja, y mientras avanza hacia ellas, añade—: Nora me cae bien.

—No, espera —digo, y fingiendo desinterés, sugiero—: Pasemos de ellas y vámonos a clase, no quiero llegar tarde.

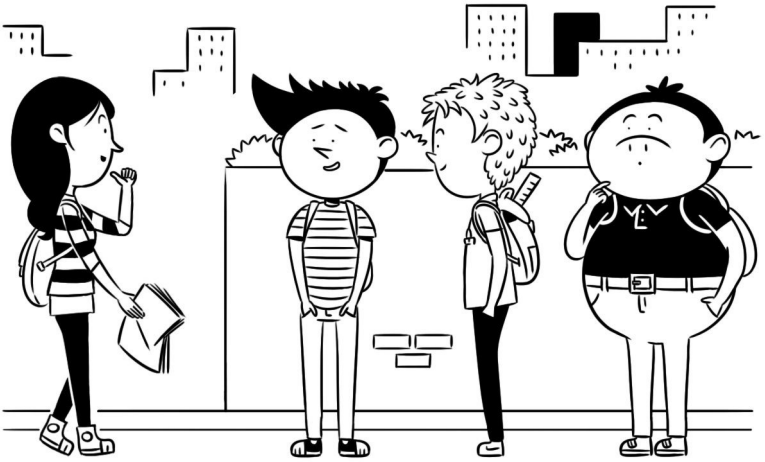
—Pero —protesta Lucas mirando el reloj— qué importan dos minutos más después de haberte estado esperando a ti.

—Bien, sí —balbuceo, porque me ha pillado—. Es que no las quiero saludar.

—¿Por qué? —pregunta Borja, sorprendido.

—Porque... —y me quedo cortado porque no sé qué decir.

—¡Ey, chicos! Estáis muy sordos —dice Nora sonriendo, mientras se acerca hacia nosotros acom-



pañada de su amiga—. ¿No os habéis dado cuenta de que os estamos llamando?

Pues no. Estábamos tan metidos en nuestra conversación que no nos habíamos dado cuenta. Y habría preferido que ella tampoco se hubiera fijado en nosotros.

Borja abre la boca y yo pienso: «Ay, ay; ahora va y les suelta lo que estábamos diciendo». Pero Lucas se le adelanta y pregunta:

—¿Qué estabais haciendo chicas?

—Pegando carteles de la fiesta de disfraces que hacen el viernes los de cuarto —responde la otra chica.

—La hacen para recoger dinero para el viaje de fin de curso —dice Nora, y con una sonrisa misteriosa y guiñándonos el ojo, añade—: Pero para participar hay una condición.

—¿Cuál? —pregunta Lucas por todos.

—Ir en pareja —responde Nora, y mirándome fijamente, me pregunta—: Vendréis, ¿no?

Los Malditos nos miramos los unos a los otros y, sin abrir la boca, los tres ya sabemos en qué estamos

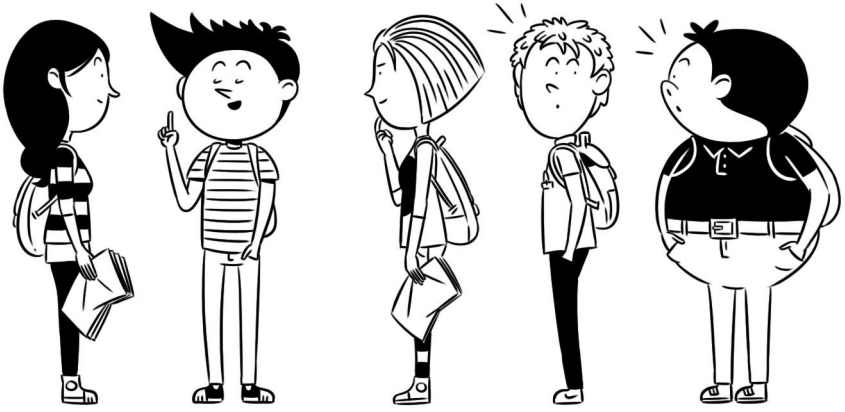
pensando. No creáis que tenemos telepatía, sólo nos conocemos muy bien. Lucas y yo estamos buscando una respuesta adecuada para no decir la verdad. En cambio, Borja está a punto de abrir la boca y soltarla sin complejos. Y la verdad es que no podemos ir porque somos tres pringados sin pareja.

Está claro como el agua que hace falta una intervención inmediata, así que le pego un codazo a Borja para que no hable y, con toda la seguridad que soy capaz de aparentar, digo:

—¡Por supuesto que iremos!

—Genial, será superdivertida —dice Nora con una sonrisa cautivadora.

No soy capaz de dejar de mirarla, pero noto cómo los Malditos me clavan los ojos como rayos buscando una explicación razonable para mi con-



tundente afirmación. Lo siento por ellos, pero ahora mismo no la tengo. Sólo sé que me muero de ganas de ir a esa fiesta y que iremos. Ya se nos ocurrirá la manera.

Nora se me acerca, me señala el cuello y riendo me dice:

—Harás que llueva.

No entiendo qué quiere decir, pero lo que está claro es que tenerla tan cerca me pone nervioso y hace que se me acelere la respiración a mil por hora. Miro hacia el cielo y veo que hace un sol impresionante. Hago trabajar las neuronas a toda mecha y encuentro una respuesta superingeniosa:

—Sí, es que tengo poderes —respondo un poco chulo, pero sonriendo como un bobo.

—Sí, ya lo veo... —dice Nora riéndose. Entonces, con la voz distorsionada y muy grave, añade—: Tienes el superpoder de ponerte la camiseta del revés.

Ella se parte de risa mientras yo bajo la mirada, descubro la etiqueta por fuera y siento que acabo de

quedar como un auténtico imbécil que no sabe ni vestirse. No sé qué decir, así que opto por sonreír como un pánfilo. Por suerte, su amiga interviene.

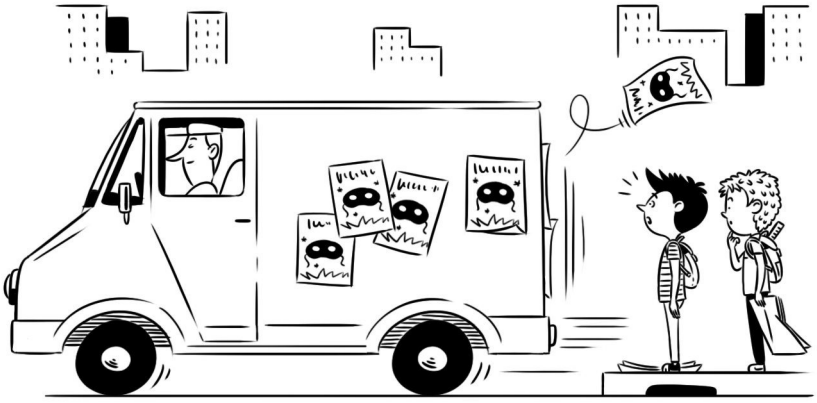
—¿Nos ayudáis a colgarlos? —dice ofreciéndonos unos cuantos carteles.

Lucas y Borja asienten y cogen un buen montón. Yo preferiría salir pitando, pero no me queda otro remedio que hacer lo mismo que mis amigos, que ya se han puesto manos a la obra.

Después del incidente de la etiqueta, me siento tan ridículo que no me atrevo a mirar a Nora. Doy la orden a mis ojos: «Nada de miraditas». Pero no sé cómo ni por qué, ellos pasan de mí y acabo mirándola de reojo. Nora me pilla, me sonríe —creo que por compromiso— y yo me muero de vergüenza. Ahora, aparte de un imbécil que no sabe vestirse, pensará que también soy un acosador visual. Noto que me estoy poniendo rojo y, antes de que nadie se dé cuenta, me alejo del grupo y busco un lugar donde colgar los malditos carteles.

Me planto delante de una pared blanca y empiezo a pegarlos a diestro y siniestro. Quiero acabar tan rápido como pueda e irme. De repente, tengo la sensación de que todo el mundo me está mirando, pero esta vez no cometeré el error de antes, así que paso de todo y continúo colgando carteles a toda castaña. Sólo me quedan cuatro. Justo cuando estoy a punto de poner uno, Borja me para.

—Marcos, ¿qué haces? —me pregunta con los ojos abiertos como un personaje de manga.



—Pongo carteles —le digo en un tono seco y antipático—. ¿No lo ves?

De repente, mi pared blanca arranca y se va pitando. ¡Y me doy cuenta de que es una furgoneta! ¡No me lo puedo creer! Soy tan burro que he pe-

gado todos los carteles en una furgoneta que ahora se va.

El sudor me empapa el cuerpo y la respiración se me dispara. No sé qué hacer, de manera que me quedo mirando la punta de los zapatos y espero que un meteorito me borre del planeta. Detrás de mí, noto que Nora se aguanta la risa, pero yo estoy paralizado y soy incapaz de darme la vuelta. Sólo tengo una opción: huir. Echo a correr, adelanto a la furgoneta y no me paro, pese a que oigo que Lucas y Borja me lo piden a gritos.

Llego al instituto en cero coma dos segundos. Resoplo agotado y voy hacia los lavabos, que, como siempre, están hechos un asco, pero son un lugar seguro donde esconderme hasta que suene el timbre. Me encierro en uno de los compartimentos e intento dejar de pensar en el ridículo espantoso que acabo de hacer delante de Nora, una chica que me parece... ee... a... genial.

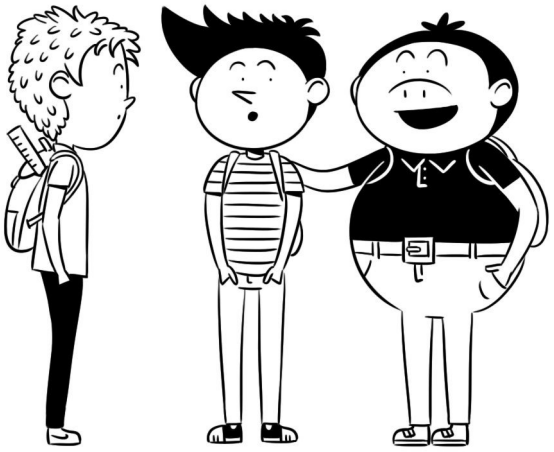
¡Guau! Creo que es la primera vez que encuen-

tro a una chica fantástica en la vida real. No pensaba que eso me fuera a pasar a mí.

¿Y ahora qué hago? ¡Qué vergüenza! No podré volver a mirarla a la cara. Y seguramente ahora mismo todo el mundo debe de saber cómo la he pifiado. Ésa es la confirmación de que soy un pringado de primera categoría.

Quizá la única solución sea irse bien lejos y no volver a poner nunca más los pies en el instituto. Quizá podría ponerme a trabajar y volver de aquí a un par de años, cuando Nora ya lo haya olvidado todo... Pero claro, ¡entonces también me habrá olvidado a mí!

—Marcos, Marcos... —susurra Lucas—. ¿Estás aquí?



La voz de Lucas me hace volver a la Tierra y a la realidad. Por un instante, no sé si responder porque no tengo ganas de ver a nadie. Pero en algún momento tendré que salir del váter. Lucas y Borja aporrean la puerta del baño.

—Marcos, tío. ¿Por qué te has ido de esa manera? —pregunta Borja.

Abro la puerta y veo a mis amigos, que me sonríen.

—¡Tío, eres genial! —dice Lucas mientras me da un golpecito en el hombro—. ¡Publicidad móvil! ¡Una idea brutal!

—¿Sí? —le pregunto desconcertado porque no sé si está siendo sincero o sólo quiere animarme.

—¡Por supuesto que sí! —responde con un entu-

siasmo desmesurado que me resulta un poco sospechoso—. ¡Ha sido una idea buenísima! Gracias a ti, ahora habrá publicidad de la fiesta por toda la ciudad.

—Bien, sí... yo... —respondo tartamudeando.

—Lo que no entiendo es por qué has salido pitando de esa manera —insiste Borja.

—Tenía que hacer una cosa —miento descaradamente.

—¿El qué? —me pregunta.

—Eh... eee... —tartamudeo de nuevo—. Estaba pensando que es muy importante que vayamos a esa fiesta.

—¿Dices en serio que quieres ir? —pregunta Lucas.

—Tenemos que ir —le respondo con firmeza—. No hacerlo es admitir que somos unos pringados.

—Es que lo somos —dice Borja.

—Pues ésta es nuestra oportunidad para dejar de serlo.

—Marcos tiene razón —explica Lucas con su entusiasmo habitual—. El Club de los Malditos ya tiene una nueva misión.

—Sí, una misión imposible —lo interrumpe Borja—. ¿Me queréis explicar cómo encontraremos novia en una semana si no lo hemos conseguido en doce años?